

¿Quién dibuja las líneas del mapa?

ARMIN ALFONSO SOLER

© 2023, Armin Alfonso Soler

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2023

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-628-7591-19-6

ISBN 10: 628-7591-19-6

Primera edición en Colombia: septiembre de 2023

Impresión: xxxxxxxx

Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

*A todos los que revivieron el dolor
para ofrecer sus testimonios,
un largo agradecimiento.*



*¿Quién dijo alguna vez:
hasta aquí el hombre, hasta aquí no?*

JUAN GELMAN

CAPÍTULO 1

EL CAMINO SEGURO

1

Aferrada a su asiento, Yuli recitaba una letanía: «La Mitad del Mundo, el Teleférico, el Panecillo, Mindo, el Parque Nacional Cotopaxi». El padre, más tenso aún, cruzaba los dedos de los pies para que el avión no se cayera. Ninguno de los dos había volado antes.

La salida de Cuba sucedió sin contratiempos. En La Habana no tuvieron dificultades con los papeles «arreglados». El próximo reto era ser recibidos en Ecuador. Los documentos estaban «bien hechos», pero debían convencer al funcionario de migración de que la visita era turística. La niña repasaba los lugares más relevantes en las cercanías de Quito y rogaba por que no le preguntaran nada. Las mentiras se le encajaban, coloradas, en las mejillas.

El miedo de Jorge a los aviones se había multiplicado con las historias de terror sobre esa aerolínea; aun así, no les quedó más remedio que tomarla: ninguna otra hacía vuelos directos a su destino. Las cuatro horas de viaje le resultaron agobiantes. «Maldita suerte de haber nacido en una isla –pensaba en silencio–: o sales por agua o sales por aire... o no sales... Y por agua ¡ni hablar! Espero que el calmante haga su efecto rápido

y nos despierten cuando hayamos aterrizado. Ya Yuli se durmió, ángel mío».

La niña no dormía. Con los ojos cerrados repetía: «La Mitad del Mundo, el Teleférico, el Panecillo, Mindo, el Parque Nacional Cotopaxi... ¡nos van a descubrir!». Para ella volar no era mayor problema. Sintió cosquillas en el estómago cuando despegaron, como aquella vez que su amigo Ale le prestó los patines y rodaba calle abajo. Él le advirtió que le podrían doler los oídos, por la altura y el cambio de presión, por eso le regaló veintitrés caramelos y un chicle. Pero ninguno de ellos alivió el estrujamiento que sentía por tener que mentir. Le aterraba que fueran atrapados por alguna indiscreción suya.

Al aterrizar, mientras bajaban el equipaje de mano y tropezaban por el pasillo estrecho de cabina, padre e hija sentían que todas las miradas estaban clavadas en ellos, que todos sabían su secreto.

«¿Y ahora qué hacemos!?».

2

Salieron desorientados por la pasarela de desembarque. En Yuli, el sedante comenzaba a surtir efecto con retraso y se palmeaba el mentón para despabilarse. Siguieron al grupo de pasajeros y la impecable señalización del Mariscal Sucre. Apenas entraron al salón, un agente de seguridad los dirigió hacia la fila correcta:

—Visitantes extranjeros por acá, caballero.

«¿Caballero?», masculló Yuli. Jorge infló el pecho, dio las gracias y se colocó en el carril. Apretó tanto la mano de su hija

que Yuli protestó. Eran los nervios. Lo que para la mayoría de pasajeros sería una entrevista sencilla («¿Usted por qué viene al Ecuador? ¿Y viaja solo con la niña? ¿Dónde se van a alojar?») para él resultaba el interrogatorio de san Pedro: una gota de sudor que delatara un pecado y ¡fuera! Por suerte había un frío que congelaba los nervios antes de que asomaran por los poros. «Vamos, Jorge –se decía–, no seas cobarde. Estás bien preparado para las preguntas», tanto así que las anticipaba incómodamente.

—¡Buenas noches, caballero!

«Qué amables son todos», pensó.

—Buenas.

—Sus pasaportes, por favor –Yuli se alegró de que no los mirara de frente–. ¿Es la primera vez que vienen al Ecuador?

—Sí. Vinimos a conocer las maravillas de este país: la Mitad del Mundo, el Teleférico, el Panecillo, Mindo, el Parque Nacional Cotopaxi...

Yuli le lanzó espadas con los ojos. «¿Y ahora qué digo yo?», enrojeció.

—¿Vacaciones?

—Sí. Son las vacaciones de la niña en la escuela y le había prometido que este año ¡saldríamos a conocer el mundo!

Dichas en contexto real, las palabras ensayadas le sonaron artificiales y Jorge se sintió incómodo. Separó de su garganta el anticuado suéter cuello de tortuga y tragó arena. El funcionario tecleaba hábilmente sin levantar la vista. Yuli juzgó –imaginó– que el rostro del oficial se había endurecido. Un dardo:

—¿Y por qué venir al Ecuador habiendo tantos lugares hermosos que visitar?

—Este es uno de los pocos países que no exige visa a los cubanos, compañero.

La respuesta fue sincera; sin embargo, Jorge la consideró inadecuada, por haber delatado su estrategia para seleccionar el destino y por utilizar un «compañero» que le resultó disonante fuera de su entorno habitual. El agente levantó la vista por primera vez y sonrió. Yuli no pudo descifrar la naturaleza de la sonrisa y pensó lo peor: «Ya se jodió esto».

—¿Y la madre de la jovencita?

Las orejas de la niña ardieron como yesca al sol. Las fibras del suéter penetraron la piel de los brazos y el pecho de Jorge. Pero la respuesta estaba prevista y la soltó como una retahíla:

—Su mamá... falleció en un lamentable accidente, hace casi tres años. Yo soy su padre y tutor legal. Aquí están todos los documentos. Tome el certificado de defunción de mi esposa, y esta es el acta de nacimiento de la niña. También tengo mi certificado de matrimonio y los de nacimiento mío y de mi difunta. Todo debidamente legalizado y apostillado.

El funcionario tomó los papeles, los revisó con detenimiento y tecleó sin prisa. Se sacó las gafas y miró a la cubanita. Lentamente comenzó a mover los labios para preguntar. Yuli, paralizada, sintió cómo le cosquilleaban las mejillas.

—¿El pasaje de regreso...?

—28 de agosto a las 13:45 horas. Viernes. Hay que volver antes de que empiecen las clases –respondió Jorge.

—¿Y hay alguien esperándolos?

—Alquilamos un hotel por internet. Aquí tengo el comprobante de la reservación –lo entregó– y los datos de contacto de la persona que nos está esperando afuera para llevarnos.

El funcionario descolgó el teléfono y marcó. La sangre de los cubanos se volvió lava y comenzó a fluir espesa, arrasadora... hasta que notaron que no hablaba de ellos y volvió a diluirse y desfogarse. El auricular reposó en su asiento.

—Bienvenidos al Ecuador. Que disfruten la estancia.

Habían logrado entrar, pero este era apenas el umbral del camino.

3

Apartada del tumulto los esperaba una joven. Traía un cartel hecho a mano con una tipografía estilizada donde se leía: «Sr. Jorge Valdés». Era alta, de rasgos suaves y piel negra, brillante. Sus ojos de animal silvestre resaltaban debajo de un gorro tejido. Llevaba un *jean* ajustado, botines largos, y un abrigo rematado a la altura del cuello con un paño que simulaba pelos, piel animal. El hombre la notó como se distingue en la lejanía la hoguera de un campamento.

—¡Hola! ¡Hola! –gritó-. ¡Yo soy Jorge! ¡Aquí!

A la joven le disgustó un poco que le vocearan de esa forma. Se les acercó, tomó la maleta que rodaba Yuli y saludó gentil.

—¿Y eso es todo lo abrigados que vienen?

Decirlo y que el frío se les colara hasta los huesos fue un solo acto. Como si ella lo hubiera invocado.

—No se preocupen –sonrió con los ojos-. En el auto tengo calefacción.

El trayecto les duró setecientas trece farolas. Jorge, que se conocía todas las autopistas de Cuba, nunca había visto

ÍNDICE

El camino seguro	7
El mar es candela	47
No hay que saber bailar	97
Patada en el polvo	139
Gorriones	191
Seguir caminando	239